

La autonomía andaluza

Por Juan Manuel FANJUL SEDEÑO

CADA uno de los entes autonómicos ofrece características muy diversas en lo geográfico, étnico, histórico, lingüístico, cultural, económico o social. No todas estas variables regionales que ha definido Caro Baroja se ofrecen conjuntamente en cada grupo humano diferencial, sino que unas predominan sobre otras. Esos factores dominantes influyen no ya en los supuestos jurídicos que han de sustentar sus diferencias, dentro de la unidad española, sino en las posiciones políticas que adoptan sus pueblos y su contingente polarización alrededor de los partidos.

Esta diferente influencia de las variables es tan poderosa que, mientras en algunas lo histórico, lo étnico o lo lingüístico son el supremo catalizador de su unidad, en otras todo ello no alcanza a tener un lugar definido; el peso de lo económico o la angustia de lo social condicionan todo el proceso.

En Cataluña predomina lo histórico, lingüístico, cultural, que se siente integrado políticamente

en el interclasismo de Convergencia i Unió, nutrida de clase media económica y profesional y de todo un mundo rural de payeses tradicionales que sustentan la autenticidad, el «seny» catalán, fundamento sociológico de la Generalidad.

En Euskadi las variables étnicas, las de idioma y costumbres, su aislamiento secular prenden con carta de naturaleza, unidas a razones económicas e industriales de primer orden. Reúnen así a las gentes de los caseríos, a la clase media urbana y a mucha parte de la alta burguesía y aún de las élites financieras e industriales. Es el poder del PNV flanqueado por los grupos de extrema izquierda y extrema derecha.

Galicia, peculiarísima, reclusa histórica y geográficamente en su rincón mientras sus gentes se dispersan por el mundo, no ha conseguido «clasificar» su autonomía, centrada más en el aislamiento que en el contraste y ofreciendo, para mayor curiosidad, su polarización política en partidos «centrales», quedando

contradictoriamente como residuales los grupitos de abanderamiento regionalista.

Ahora vienen los andaluces, también con sus características propias. El impulso de su autonomía no nace de la Historia, ni del idioma, ni de una etnia o una cultura autóctonas, sino de la desesperación que constituye la pobreza. Andalucía va hacia la autonomía porque piensa que en ella encontrará mejores soluciones para salir de la miseria; lo demás, si aquella motivación no existiera, le importaría poco. Por eso triunfarán en ella quienes de manera más convincente le ofrezcan una solución para eso y exclusivamente para eso. No olvidemos que en el nacionalismo de Blas Infante influye preferentemente la liberación social y que el estribillo del himno de Andalucía canta: «Andaluces, levantaos, pedid tierra y libertad».

Hay un sondeo efectuado por la Junta de Andalucía del que se ha hecho eco José María de los Santos en «Documentación Social». En él se demuestra cómo el problema del paro se presenta

íntimamente ligado a la autonomía. A la pregunta sobre las ventajas de la autonomía, más del 60 por 100 en algunas provincias, casi el 70 en otras, responden con razones que inciden todas en el trabajo, el desarrollo y la industrialización.

Se dibuja, pues, en la autonomía andaluza como «factor dominante» un drama socioeconómico que, agravado por circunstancias coyunturales de crisis económica, obedece a carencias de estructura tradicional.

Fácilmente puede corregirse, así, cuáles son las previsiones electorales que se adivinan en el umbral de la próxima autonomía. Andalucía no va a su autogobierno movida por idioma, cultura o Historia propios y peculiares; va tras del milagro que directa e inmediatamente sea capaz, coyunturalmente, de acertar con unos esquemas que destierren para siempre la angustia de su población campesina.

Mientras la mayoría de los movimientos autonómicos buscan reencontrarse con su pasado, los andaluces lo que tratan es de olvidarlo.